

do Sombra comparado con los tirajes de Borges es aplastante. Sin duda *Don Segundo Sombra* fue en su aparición –dada la época– el libro más exitoso del siglo. Lo interesante aquí es subrayar que el éxito clamoroso de *Don Segundo Sombra* socava en el fondo el prurito de los martinfierristas quienes, envueltos en la ola de una inesperada popularidad, que superaba aún con creces las mayores victorias editoriales de los populistas de Boedo, se encontraban atrapados en una flagrante contradicción con sus propios principios supuestamente elitistas. La vanguardia había creado y encontrado repentinamente su propio y desbordante público y para colmo, ésta era la hazaña de uno de los vanguardistas más moderados. De este modo paradójico, *Don Segundo Sombra* señala a la vez el cenit y la desaparición de la vanguardia martinfierrista.

La canonización de Güiraldes por Lugones

Cabe preguntarnos ahora qué ocurría por entonces con Lugones dentro de la vanguardia ultraísta. La actitud de *Martín Fierro* con respecto al maestro cordobés es, a largo plazo, perturbadoramente ambivalente. Por una parte, en uno de los artículos sin firma con que se reabre la segunda serie, y a manera de renuncia a la excesiva irreverencia de la etapa anterior, se dice que «Demoler ya no es posible. Donde Lugones “no tiene talento” y Rojas es un “latero” y a Groussac se le perdona la vida cuando estrena una obra dramática, nada queda por hacer». Estamos así, en principio, ante un programa de moderada integración de lo contemporáneo y lo tradicional. En el listado de los responsables del periódico, Güiraldes aparece entre los nombres de los que forman el núcleo central de la revista, Borges en la lista más periférica de los colaboradores más frecuentes, Lugones entre los que publican esporádicamente, y los tres escritores, finalmente, figuran en la lista de los accionistas del periódico.

De hecho, en uno de sus primeros números, Lugones publica un artículo bastante plúmbeo sobre sus ideas en cuanto a una posible reforma educativa del país. Quizá éstas sean las señales que despiertan la animadversión de Roberto Mariani, del grupo de Boedo, cuando fustiga a los martinfierristas, desde las mismas páginas de *Martín Fierro*, como excesivamente adictos a Lugones, a quien nadie se atreve a reprochar su fascismo. Sin embargo, no puede dejarse de reconocer que, en un afán de equilibrio democrático, la revista no escatima sus dardos contra él.

Curiosamente, parecería que en realidad, sólo Evar Méndez, el director, aprobaba a Lugones, a quien llega a llamar «la cabeza más alta y firme de

América intelectual». Los jóvenes redactores no responden a este tratamiento. Por una parte, hay una enconada y prolongada disputa de Marechal contra Lugones con respecto a la legitimidad del verso libre y el abandono de la rima: no cabe duda de que la mayoría de los escritores del periódico se alinean en este debate del lado de Marechal. Por otra parte, entre los cruentos epitafios que suelen publicarse aparecen, con las iniciales de Eduardo González Lanuza, estos irreverentes versos:

En aqueste panteón
Yace Leopoldo Lugones,
Quien, leyendo «La Nación»
Murió entre las convulsiones
De una autointoxicación.

Y más tarde, con la firma de El Vizconde, las siguientes cuartetas.

Fue don Leopoldo Lugones
un escritor de cartel
que transformaba el papel
en enormes papelones.

Murió no se sabe cómo.
Esta hipótesis propuse:
«Fue aplastado bajo el lomo
de un diccionario Larousse».

¿Y Lugones? Naturalmente, Lugones no sólo ha leído *Don Segundo Sombra*; ha leído también, con resquemor e inquietud, *El tamaño de mi esperanza*. El escritor cordobés ve avanzar, insolente, joven, porteño e indetenible, terriblemente certero, el genio crítico de Borges, ese muchacho de veintisiete años que amenaza su dominio y se burla de su poderío. Ve claramente el peligro y se le adelanta. Comprende, como todos los emperadores, que dividir es reinar. Antes de un mes y medio tendrá escrito y publicado el célebre artículo consagratorio de Güiraldes en *La Nación*. Porque la respuesta inesperada de Lugones a la aparición conjunta y simultánea de *El tamaño de mi esperanza* y de *Don Segundo Sombra*, apenas un mes después, el 12 de septiembre de 1926, es pasar por alto a Borges y premiar a Güiraldes con el indudable espaldarazo de un extenso artículo, laudatorio y consagratorio, en *La Nación*.

Si bien el artículo exhibe en parte una retórica machista y altisonante, no hay duda de que el entusiasmo de Lugones es genuino. Por otra parte, Lugones mismo, que sin duda era y es un gran escritor —y seguramente lo

sabía— nunca alcanzó ese semitono de lo «vernacular porteño» que es una de las claves más poderosas de la resonancia del libro, una mezcla de elegancia y naturalidad que desplaza el impacto de los muchos y evidentes altibajos del estilo de *Don Segundo Sombra*.

Notemos el sesgo del elogio de Lugones a *Don Segundo Sombra*. Al encomiar a Güiraldes, Lugones no pierde la oportunidad de hacer la apología del gaucho, pero luego arremete sugestivamente contra los que enarbolan «un gracejo de arrabal», y contra los que quieren instalar en un país canalla «la trastienda clandestina de la mixtura de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y la vanguardia sin ejército, adereza el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria».

Que nosotros sepamos, nadie hasta ahora ha leído en estas líneas un implícito rechazo a la estética de Borges —pero la sospecha cabe. Mixtura de ultramar, vanguardia sin ejército y poesía sin verso caracterizan ciertamente a la obra de Borges por esos días, del mismo Borges que, en *Luna de enfrente*, solicita que sus versos «no sean persistencia de hermosura pero sí de certeza espiritual». Y si esterilidad y fealdad no pueden en rigor achacársele sin apasionamiento u ofuscación, no es menos cierto que *El Tamaño de mi esperanza* es también un muestrario de jactancia juvenil y vanagloria insolente. La indignación de Lugones en este párrafo suena a mis oídos aún más intensamente que la alabanza a Güiraldes —y me hace suponer que de algún modo es el despecho del maestro cordobés el que inflama compensatoriamente el saludo triunfal a *Don Segundo Sombra*.

Güiraldes, sorprendido, no puede sustraerse a un reconocimiento alborozado y envía a Lugones un ejemplar —de la tirada de lujo, restringida— con la siguiente dedicatoria: «A Leopoldo Lugones, gaucho, este ejemplar, de chiripá, de mi libro que se honra con haber merecido su elogio. Su amigo, Ricardo Güiraldes». (La dedicatoria parece presuponer que no había habido un previo envío por parte de Güiraldes). Un año después, y muy probablemente como consecuencia de este artículo —a más del éxito arrasador del libro en librerías, que lo precede— Güiraldes recibirá el Premio Nacional de Literatura.

Lugones, el enemigo predilecto de Borges, aquél a quien ha dirigido sus dardos más empozoñados desde las páginas de *Martín Fierro* y en *El tamaño de mi esperanza*, es quien unge definitivamente a Güiraldes. Pero recordemos que el propósito de Borges en *El tamaño de mi esperanza* había sido precisamente ungir a Güiraldes «primer decoro de nuestras letras», en contra de Lugones, «escritor de una especie, no de una estirpe». Lugones desarma la audaz jugada de Borges con un jaque mate real: será él quien salga definitivamente a proclamar la gloria de Güiraldes.

El éxito inesperado de *Don Segundo Sombra* desvía de la atención general la aparición de *El tamaño de mi esperanza*. Lo que dice Güiraldes narrativamente alcanza mayor impacto que lo que con más reflexividad y mayor audacia dice Borges de manera programática. La relación entre ambos libros –que hoy nos parece obvia– queda soterrada por la miopía general. Es el primer fracaso de Borges, cuyos tres libros anteriores, *Fervor de Buenos Aires*, *Inquisiciones* y *Luna de enfrente*, han tenido una profunda resonancia, no sólo en el país sino en Latinoamérica y París –un hecho sin precedentes, dada la juventud de Borges.

En el espaldarazo de Lugones a Güiraldes, que está inspirado sin duda por una auténtica y merecida admiración, entra también el nacionalismo de Lugones, que acepta el libro sin titubeos a pesar de algunos flagrantes galicismos. El apoyo de Lugones desde su artículo consagratorio en *La Nación* y el otorgamiento del Premio Nacional a Güiraldes desalojarán momentáneamente a Borges, el cosmopolitizante por excelencia, de la centralidad que gozaba en los círculos jóvenes de la literatura argentina. Con el tiempo, Borges, y no Güiraldes, sería el heredero de Lugones como máxima autoridad en la literatura argentina –por entonces era, sobre todo, un antagonista, y los dos acontecimientos mencionados, el triunfo de *Don Segundo Sombra* y el fracaso de *El tamaño de mi esperanza*, neutralizan la poderosa e incipiente fama de Borges. Lugones ignora al rebelde y premia al que se había apartado de las oleadas juveniles para escribir solitariamente acerca de una empresa que no incluía su demolición.

Por leer *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires olvida leer *El tamaño de mi esperanza*: por escuchar la voz más autorizada y autoritaria de Lugones se olvida de que Borges se le ha anticipado en señalar la valfa de Güiraldes. Borges no sólo no ha derrocado a Lugones sino que no ha podido entronizar a Güiraldes. Su peor enemigo es quien corona a su mejor amigo. Y en el camino de esta comedia trágica, su propio libro, una suerte de manifiesto por un criollismo diferente, se pierde en el tumulto de las contradicciones. He aquí una trama dramática en donde el despecho mezclado al desaliento necesariamente ha debido aflorar en el corazón de Borges, que se sabía prometido, y con razón, a un lugar preminente en nuestras letras.

Martín Fierro, la tribuna joven mejor organizada contra Lugones, desaparece. El motivo alegadamente fundamental fue una disputa con respecto a Yrigoyen en la cual Borges, estuvo –curiosamente, dadas sus preferencias políticas posteriores– del lado Yrigoyenista; llegó a fundar y a ser presidente del Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes, en el cual participaron, entre otros, Marechal, González Tuñón y Gironde. Recuerdo haberle